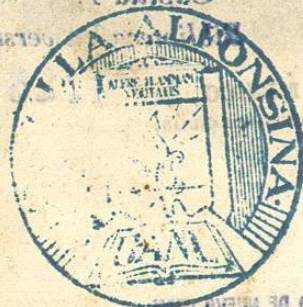


DF28
B2
V.4

VIAJE

DEL

A LA GRECIA



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS

A la Grecia,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE JESUCRISTO.

CAPITULO XXXIX.

CONTINUACION DEL VIAGE A LA ELIDE. XENOFONTE EN ESCILONTE.

Tenia Xenofonte una casa en Escilonte, ciudad pequeña, á veinte estadios de Olimpia*. Algunos años antes, las turbulencias del Peloponeso le obligaron á ausentarse de ella, y fué á establecerse á Corinto, donde yo le hallé cuando llegué á la Grecia**. Apaciguadas aquellas, vol-

* Cerca de tres cuartos de legua (mas de media legua de España).

** Véase el capítulo ix de esta obra.

011084

vió á Escilonte *, y al día siguiente á las fiestas fuimos á su casa con Diodoro, su hijo, que nos había acompañado todo el tiempo que duraron.

La posesion de Xenofonte era considerable: parte de ella la debió á la generosidad de los Lacedemonios, y la otra parte la había comprado, para consagrarla á Diana, y cumplir de este modo un voto que había hecho volviendo de Persia. El diezmo del producto lo reservaba para mantener un templo que había edificado en honor de la diosa, y para un sacrificio pomposo que hacía todos los años.

Cerca del templo hay un vergel que da diversas especies de frutas. El Selino, riachuelo abundante de pesca, pasea lentamente sus aguas cristalinas al pie de una rica colina, entre los prados donde pacen tranquilamente los animales destinados á los sacrificios. Dentro y fuera de la tierra sagrada hay bosques distribuidos en la

* Poco despues de la batalla de Mantinea, sucedida en el año 362 antes de J. C. destruyeron los Eleenses á Escilonte, y Xenofonte tomó el partido de retirarse á Corinto. Aquí es donde le pongo en el capítulo ix de esta obra. Un autor antiguo pretende que murió allí. Sin embargo, Pausanias dice, que se conservaba su sepulcro en el país de Escilonte; y Plutarco afirma, que en este retiro fué donde Xenofonte compuso su historia, que llega hasta el año 337 antes de J. C. Se puede pues suponer, que despues de haber estado algun tiempo en Corinto, volvió á Escilonte, en donde pasó los últimos dias de su vida.

Hanura ó sobre los montes, donde se abrigan los corzos, ciervos y jabalies.

En esta mansion venturosa, es donde Xenofonte había compuesto la mayor parte de sus obras, y donde hacía muchos años que pasaba sus dias, consagrados á la filosofía, á la beneficencia, á la agricultura, á la caza, y á todos los ejercicios que mantienen la libertad del ánimo, y la salud del cuerpo. Su primer cuidado fué proporcionarnos las diversiones propias de nuestra edad, y las que ofrece el campo á otra mas avanzada. Nos enseñó sus caballos, sus plantíos, el orden de su casa, y vimos en todo reducidos á práctica los preceptos que había sembrado en sus varias obras. Otras veces nos exhortaba á ir á caza, la que continuamente recomendaba á los jóvenes, como el ejercicio mas á propósito para acostumarlos á las fatigas de la guerra.

Diodoro nos solia llevar á la caza de codornices, perdices y otras varias especies de aves. Nosotros las sacábamos de sus jaulas, las atábamos entre nuestras redes, y viniendo al canto de ellas las aves de la misma especie, caian en el lazo, y perdian la vida ó la libertad.

Tras estas diversiones venian otras mas vivas y mas variadas. Diodoro tenia variedad de perros, unos para liebres, otros para ciervos, y otros traídos de la Laconia ó de la Lócride, para jabalies. A todos los conocia por sus nom-

bres, * y sabia sus defectos y habilidades. Era mas diestro que ninguno en la táctica de esta especie de guerra, y hablaba de ella tan bien, como habia escrito su padre. Diré aquí como era la caza de las liebres.

Se habian puesto redes de distintos tamaños en los senderos, y en las bocas extraviadas, por donde el animal podia escaparse. Nosotros salimos vestidos á la ligera, con un palo en la mano. Un cazador soltó un perro; y así que le vió seguir el rastro, soltó los demas, y pronto levantaron la liebre. En este momento todo contribuye á aumentar el interes; los ladridos de los perros, las voces de los cazadores que los animan, las carreras y tretas de la liebre, que en un abrir y cerrar de ojos corre en la llanura y en las colinas, salta las fosas, se mete en los sotos, se descubre y se oculta muchas veces, y al fin va á parar á las redes que la aguardan al paso. Un guarda puesto allí cerca coge la presa, y la presenta á los cazadores, á quienes llama á voces y por señas. En la alegría del triunfo se empieza otra nueva batida; y nosotros haciamos muchas al día. La liebre se nos escapaba á veces pasando el Selino á nado.

* Se cuidaba de dar á los perros nombres muy cortos, y compuestos de dos sílabas, como Timos, Locos, Filax, Fonex, Bremon, Psiqué, Hebé, etc.

Con motivo del sacrificio que hacia Xenofonte todos los años á Diana, sus vecinos, así hombres como mugeres, venian á Escilonte. El mismo daba de comer á sus amigos. El tesoro del templo tenia la carga del mantenimiento de los demas espectadores, á quienes se les daba vino, pan, harina, frutas, y una parte de las víctimas sacrificadas; y ademas se le repartian los jabalies, ciervos y corzos que habia cazado la juventud de los contornos, que para asistir á las diversas cacerías, habian venido á Escilonte algunos dias antes de la fiesta.

Para la caza de jabalies teniamos venablos, dardos, y redes gordas. Las huellas del animal recién estampadas en la tierra, sus dentelladas impresas en la corteza de los árboles, y otros indicios, nos llevaron á un soto muy espeso. Soltaron un perro de Laconia, que siguió el rastro, y llegado al sitio donde estaba la fiera, nos advirtió su hallazgo con un ladrido. Llamáronle al punto, se tendieron las redes en los regates, y nosotros tomamos nuestros puestos. Llegó el jabali por donde yo estaba; y lejos de meterse en la red, se paró, y aguantó por algunos momentos la embestida de todos los perros, cuyos ladridos hacian resonar el bosque, y la de los cazadores que se acercaban para tirarle dardos y piedras. Luego al punto se tiró á Mosquion, quien le esperaba á pie firme con el designio de atra-

vesarle; pero se le resbaló el venablo por el lomo, y se le cayó de las manos, por lo cual tomó el partido de echarse al instante en tierra boca abajo.

Yo le creí muerto. Ya el jabalí, no hallando presa para levantarle, le pisoteaba, cuando viendo á Diodoro que corria á favorecer á su compañero, se arrojó al punto á este nuevo enemigo, que mas diestro ó mas dichoso que el primero, le metió el venablo por la juntura del brazuelo. Entonces vimos una prueba terrible de la fiereza de este animal; pues aunque herido mortalmente, continuó adelantándose enfurecido contra Diodoro, y él mismo se metió el venablo hasta la empuñadura. En esta accion murieron ó quedaron heridos muchos perros, mas no tantos como en la siguiente en que duró un día la caza de un jabalí. Otros perseguidos por los perros, cayeron en las trampas que estaban cubiertas de ramas.

De esta misma manera matamos muchos ciervos en los días siguientes. Otros muchos levantamos, y nuestros perros los cansaron tanto, que se paraban á tiro de dardo, ó se tiraban unos á las lagunas, y otros al mar.

Mientras duró la cacería, no se hablaba de otra cosa; y además contaban algunos los medios imaginados por diferentes pueblos para cazar leones, panteras, osos, y otras especies de fie-

ras. En ciertas partes echan veneno en las aguas estancadas, y en los alimentos que usan para saciar el hambre y la sed: en otras van gentes de á caballo por la noche, cercan al animal, y al amanecer le acometen, á veces con peligro de la vida. En otras abren un hoyo ancho y profundo, dejando un pilar de tierra en medio, sobre el cual se ata una cabra, y al rededor forman una empalizada impenetrable y sin salida: atraído el animal salvaje por el berrido de la cabra, salta la barrera, cae en el hoyo, y no puede volver á salir.

Nos dijeron tambien, que entre los gavilanes y los habitantes de un territorio de la Tracia hay una especie de compañía; de manera que los primeros persiguen á los pajarillos, hasta obligarlos á acercarse al suelo; y los segundos los matan á palos, ó los cogen en redes, y parten la presa con sus asociados. Yo dudo del hecho; mas sin embargo, no seria la primera vez que los mas irreconciliables enemigos se han reunido para no dejar recurso alguno á la debilidad.

Como no hay cosa mas importante que estudiar al hombre grande en su retiro, pasábamos una parte del día en conversar con Xenofonte, en oírle y preguntarle, y en escudriñar los pormenores de su vida privada. Hallábamos en sus conversaciones la dulzura y elegancia que rei-

nan en sus escritos. Tenia á un mismo tiempo el valor de las cosas grandes, y el de las pequeñas, mucho mas raro y necesario que el primero: debia al uno una firmeza inalterable, y al otro una paciencia invencible.

Algunos años antes estuvo expuesta su fortaleza á la prueba mas dura para un corazon sensible. Grilo, su hijo mayor, que servia en la caballeria ateniense, habia quedado muerto en la batalla de Mantinea; lo que noticiaron á Xenofonte en el momento, en que acompañado de sus amigos y domésticos ofrecia un sacrificio. En medio de esta ceremonia se oyó un rumor confuso y lastimero; acércase el correo, y le dice: los Tebanos han vencido, y Grilo. . . . Un torrente de lágrimas le impidió proseguir. ¿Cómo ha muerto? preguntó el desventurado padre, quitándose la corona que le ceñia la frente. Despues de las mayores proezas, y con sentimiento de todo el ejército, respondió el correo. Al oír esto volvió Xenofonte á ponerse la corona, y concluyó el sacrificio. Un día que yo le hablé de esta pérdida, él se contentó con responderme: ¡ay! bien sabia yo que era mortal; y mudó de conversacion.

Otra vez le preguntamos, que cómo habia conocido á Sócrates. Era yo bien joven, respondió, quando le encontré en una calle muy angosta de Atenas, y cerrándome el paso con su bas-

ton, me preguntó, que dónde se hallaban las cosas necesarias para la vida. — En el mercado, le respondí. — Pero, me volvió él á preguntar, ¿dónde se aprende á ser hombre de bien? — Como yo vacilase, me dijo: venid conmigo, y lo aprendereis. Yo le seguí, y no le dejé hasta que sali para el ejército de Ciro. A mi regreso supe que los Atenienses habian dado la muerte al mas justo de los hombres; y no tuve otro consuelo que trasmitir en mis escritos las pruebas de su inocencia á todas las naciones de la Grecia, y acaso tambien á la posteridad. Ahora no le tengo mayor, que recordar su memoria, y hablar de sus virtudes.

Como nosotros tomábamos parte en tan vivo y tierno interes, nos instruyó por menor del sistema de vida que Sócrates habia abrazado, y nos explicó su doctrina, cual era en realidad, ceñida únicamente á la moral, sin mezcla de dogmas extraños, y sin ninguna de aquellas discusiones de fisica y metafisica que Platon ha prestado á su maestro. ¿Cómo podria yo vituperar á Platon, á quien venero profundamente? Sin embargo, es preciso confesarlo, las opiniones de Sócrates se han de estudiar menos en sus diálogos, que en los de Xenofonte. Procuraré explicarlas en el discurso de esta obra, enriquecida casi en todas sus partes, con las luces que debo á las conversaciones de Escilonte.

Xenofonte, con un entendimiento adornado de conocimientos útiles, y de largo tiempo ejercitado en la meditacion, escribió para hacer mejores á los hombres ilustrándolos; y era tal su amor á la verdad, que no trabajó sobre la política, hasta despues de haber desentrañado la naturaleza de los gobiernos: sobre la historia, sino para contar los hechos que, por lo comun, habia visto: sobre el arte militar, sino despues de haber servido y mandado con la mayor distincion: sobre la moral, sino despues de haber practicado las lecciones que daba á los demas.

Yo he conocido pocos filósofos tan virtuosos, y pocos hombres tan amables. ¡ Con qué condescendencia, con qué agrado respondia á nuestras preguntas! Paseándonos un día por las márgenes del Selino, Diodoro, Filotas y yo, tuvimos una disputa muy acalorada sobre la tiranía de las pasiones. Ellos defendian que hasta el mismo amor no podia avasallarnos contra nuestra voluntad; y yo defendia lo contrario: en esto llegó Xenofonte; le tomamos por juez, y nos refirió la historia siguiente:

Despues de la batalla en que el gran Ciro triunfó de los Asirios, se repartió el botin, guardando para este principe una soberbia tienda, y una cautiva que excedia á todas en belleza; la cual llamábase Pantea, y era reina de la Susiana. Abradates, su esposo, habia ido á la Bactriana á

buscar socorros para el ejército de los Asirios.

Ciro no quiso verla, y confió su guarda á un caballero medo, llamado Araspe, que era joven, y se habia criado con él. Araspe pintó la situacion lastimosa en que estaba la cautiva cuando la vió. Estaba, le dijo, en su tienda, sentada en el suelo, rodeada de sus damas, vestida como una esclava, con la cabeza baja y cubierta con un velo. Mandámosle que se levantase, y todas sus damas se levantaron á un tiempo. Uno de nosotros con la mira de consolarla, le dijo: sabemos que vuestro esposo ha merecido vuestro amor por sus recomendables prendas; pero Ciro, á quien estais destinada, es el príncipe mas cumplido del Oriente. A estas palabras desgarró el velo, y sus sollozos, mezclados con los ayes de las que la acompañaban, nos pintaron todo el horror de su situacion. Tuvimos entonces mas tiempo para mirarla, y podemos aseguraros, que jamas ha producido el Asia hermosura igual; de lo que vos mismo juzgareis en breve.

No; dijo Ciro, lo que me decis, es un motivo mas para que yo evite su presencia: si la veo una vez, querré verla otra, y me expongo á olvidar á su lado el cuidar de mi gloria y de mis conquistas. ¿ Y pensais vos, replicó el joven medo, que la belleza ejerce su imperio con tanta fuerza, que pueda apartarnos de nuestro deber á pesar nuestro? ¿ Pues por qué no avasalla

igualmente todos los corazones? ¿De dónde nace el que no nos atreveríamos á echar nuestras miradas incestuosas sobre aquellas á quienes debemos el ser, ó lo deben á nosotros? De que nos lo prohíbe la ley. Luego esta es mas fuerte que el amor. Pero si nos ordenase ser insensibles á la hambre y á la sed, al frio y al calor, sus órdenes ocasionarian la rebelion de todos los sentidos. Viene esto de que la naturaleza es mas fuerte que la ley, y por eso, nada podria resistir al amor, si fuese invencible por sí mismo; y no amamos, sino cuando queremos amar.

Si es el hombre dueño de imponerse ó no este yugo, dijo *Ciro*, lo seria tambien de sacudirlo. Entre tanto, yo he visto amantes verter lágrimas de dolor por la pérdida de su libertad, y agitarse entre las cadenas, que no podian romper ni llevar.

Esos serian, respondió el joven, del número de aquellos corazones cobardes, que reputan crimen del amor su propia debilidad. Las almas generosas someten sus pasiones á su deber.

¡*Araspe!* ¡*Araspe!* dijo *Ciro* retirándose, no veais á la princesa tan á menudo.

Reunia *Pantea* á las perfecciones del rostro, las calidades que dan mas atractivo á la desgracia. *Araspe* creyó de su deber el obsequiarla, en lo que se esmeraba sin advertirlo; y como ella correspondia con la atencion que no podia

negarle, confundió *Araspe* estas expresiones de agradecimiento con el deseo de agradar, é insensiblemente se enamoró tanto de ella, que ya no pudo guardar silencio. *Pantea* afeó la insinuacion sin titubear; pero no dió parte de ello á *Ciro*, hasta que *Araspe* la amenazó de llegar á los últimos extremos.

Ciro mandó decir inmediatamente á su favorito, que debia emplear con la princesa el medio de la persuasion, y no el de la violencia. Este aviso fué un rayo para *Araspe*, quien avergonzado de su conducta, y temeroso de haber desagrado á su señor, estaba tan lleno de rubor y de dolor, que sabedor de ello *Ciro*, le mandó venir á su presencia, y le dijo: «¿por qué temes acercarte á mí? Yo sé muy bien que el amor se burla del saber de los hombres, y del poder de los dioses. Yo mismo no me he libertado de sus firos, sino huyendo de él. No te imputo una falta, de que yo soy el principal autor: yo soy quien, confiándote la princesa, te expuso á unos riesgos superiores á tus fuerzas. — ¡Y qué, prorumpió el joven medo, mientras mis enemigos triunfan, y mis amigos consternados me aconsejan que huya de vuestra vista, para librarme de vuestra ira; mientras todo el mundo se reune para abrumarme, es mi rey el que viene á consolarme! ¡O *Ciro!* vos sois siempre igual á vos mismo, siempre indulgente con las

« flaquezas que no teneis, disculpándolas, porque conocéis á los hombres.

« Aprovechémonos de las disposiciones de los ánimos, continuó Ciro. Yo quiero saber cuáles son las fuerzas y proyectos de mis enemigos: pasa á su campo; tu fuga fingida tendrá la apariencia de una desgracia, y te ganará su confianza. — Vuelo allá, respondió Araspe; y me tendré por muy feliz si puedo expiar mi yerro con tan corto servicio. — ¿Pero podrás, le dijo Ciro, separarte de la bella Pantea? — Lo confieso, dijo el joven, mi corazón se despedaza; y ahora conozco claramente, que hay en nosotros dos almas, una que nos inclina continuamente al mal, y otra al bien. Hasta ahora me dejé llevar de la primera; pero fortalecido con vuestra ayuda, va la segunda á triunfar de su rival. » Araspe recibió luego órdenes reservadas, y partió para el ejército de los Asirios.

Dicho esto, calló Xenofonte. Nosotros quedamos sorprendidos, y entonces añadió: ¿No está resuelta ya la cuestion? — Si, respondió Filotas; pero no está acabada la historia, que nos interesa mas que la cuestion. Sonrióse Xenofonte, y continuó de esta manera:

Sabedora Pantea del retiro de Araspe, envió á decir á Ciro, que ella podia proporcionarle un amigo mas fiel, y acaso mas util que aquel joven

favorito. Decíalo por Abradates, á quien ella queria apartar del servicio del rey de Asiria, de quien tenia motivo de estar descontento. Habiendo dado Ciro su consentimiento á esta negociacion, se acercó Abradates al ejército de los Persas, al frente de dos mil caballos, y Ciro mandó introducirle inmediatamente en el aposento de Pantea. En aquel desorden de ideas y de sentimientos que produce una dicha largo tiempo deseada, y casi sin esperanza, le contó Pantea su cautividad, sus penas, los proyectos de Araspe, y la generosidad de Ciro; y su esposo, impaciente por expresar su gratitud, corrió al príncipe, y apretándole la mano, le dijo: « ¡ó Ciro! por todo cuanto os debo, no puedo ofreceros mas que mi amistad, mis servicios y mis soldados. Pero estad bien seguro de que, sean vuestros proyectos los que fueren, Abradates será siempre su mas firme apoyo. » Ciro recibió con júbilo sus ofertas, y de acuerdo formaron el plan de la batalla.

Las tropas de los Asirios, de los Lidios, y de una gran parte del Asia, estaban delante del ejército de Ciro. Abradates iba á acometer al temible batallon de los Egipcios: la suerte le habia dado este puesto peligroso, que él mismo habia pedido, y no le hubieran querido ceder los otros generales.

Iba á montar en su carro, cuando vino Pantea

á presentarle las armas que ella le habia hecho aprestar ocultamente, y en las cuales se veian los despojos de las joyas con que ella se adornaba algunas veces. « Con que me haces el sacrificio hasta de tus joyas, le dijo el principe « enternecido. — ¡Ay! respondió ella, no deseo, « sino que os mostreis hoy á todo el mundo, como siempre me pareceis á mí. » Diciendo estas palabras, le vistió las armas brillantes, y sus ojos derramaron lágrimas, que procuraba ocultar.

Cuando le vió tomar las riendas, hizo apartarse los circunstantes, y le habló de esta manera: « si ha habido alguna muger que haya « amado á su esposo mil veces mas que á sí misma, es sin duda la vuestra, y su conducta os « lo debe probar mejor que sus palabras. No obstante la violencia de este sentimiento, querria « mas, y lo juro por los lazos que nos unen, « querria mas morir con vos en el seno del honor, que vivir con un esposo de cuya ignominia tuviera que participar. Acordaos de lo que « debemos á Ciro; acordaos de que yo estaba « entre cadenas, y me sacó de ellas; que estaba « expuesta á una afrenta, y se hizo mi defensor; « acordaos en fin, de que yo le he privado de su « amigo, y que ha creído sobre mi palabra, « hallar otro de mas brío, y sin duda mas fiel, en « mi querido Abradates. »

Alborozado el principe al oír estas palabras, tendió la mano sobre la cabeza de su esposa, y levantando los ojos al cielo, exclamó: « ¡dioses inmortales! haced que yo me muestre en « este dia digno amigo de Ciro, y sobre todo « digno esposo de Pantea. » Al punto subió al carro, sobre el que apenas pudo poner sus trémulos labios esta desolada princesa. Fuera de sí, siguió tras él por la llanura á pasos acelerados; mas echándolo de ver Abradates, la suplicó que se retirase y tuviese aliento. Acercáronse entonces sus eunucos y damas, y la quitaron de la vista de la multitud, que siempre atenta á ella, no habia podido contemplar ni la belleza de Abradates, ni la magnificencia de sus vestidos.

Dióse la batalla cerca del Pactolo. El ejército de Creso quedó derrotado enteramente, el vasto imperio de los Lidios se arruinó en un momento, y el de los Persas se levantó sobre sus ruinas.

El dia que se siguió á la victoria, admirado Ciro de no haber vuelto á ver á Abradates, preguntó por él con inquietud; y uno de sus oficiales le dijo, que este principe, abandonado casi al principio de la accion, por una parte de sus tropas, no por eso habia dejado de acometer con el mayor denuedo á la falange egipciaca; que habia quedado muerto, despues de haber

visto perecer en torno de sí á todos sus amigos; que Pantea habia hecho traer su cuerpo á las márgenes del Pactolo, y estaba ocupada en levantarle un sepulcro.

Penetrado Ciro de dolor, mandó luego llevar allí los preparativos de los funerales que destinó al heroe; y los precedió él mismo: llegó, y vió á la desventurada Pantea sentada en el suelo, cerca del ensangrentado cuerpo de su esposo. Cubriéronse de lágrimas los ojos de Ciro, quien fué á tomar aquella mano que acababa de pelear en su ayuda; pero se le quedó entre las suyas, porque el afilado acero la habia casi cortado toda, en lo mas recio del combate. Grció el enternecimiento de Ciro, y Pantea prorumpió en ayes lastimeros. Coge la mano, y despues de haberla regado con copiosas lágrimas, y dándole mil ardientes besos, procuró reunir la al resto del cuerpo, y pronunció por fin estas palabras, que espiraron sobre sus labios: « ya ves, « Ciro, la desgracia que me persigue; ¿ por qué « quieres ser testigo de ella? Por mí y por tí, ha « perdido la vida. Yo, insensata, queria que « mereciese tu estimacion; y demasiado fiel á « mis consejos, pensó menos en sus intereses « que en los tuyos. ; Ha muerto en el campo del « honor, en el seno de la gloria; lo sé: mas al fin « ha muerto, y yo vivo todavía! »

Ciro, despues de haber llorado algun tiempo

en silencio, le respondió: « la victoria ha coro-
« nado su vida, y su fin no podia ser mas glo-
« rioso. Aceptad estos adornos, que deben
« acompañarle á la tumba, y estas victimas que
« se deben inmolar en su honor. Yo cuidaré de
« consagrar á su memoria un monumento que le
« eternice. Por lo que hace á vos, yo no os aban-
« donaré: respeto mucho vuestras virtudes, y
« vuestras desdichas. Solamente os digo que me
« indiqueis el parage adonde quereis que os lle-
« ven. »

Habiéndole asegurado Pantea, que lo sabria muy pronto, y habiéndose retirado este príncipe, ella hizo separar de allí á sus eunucos, y llamar á una muger que la habia criado. « Cuida, « le dijo, cuando se hayan cerrado mis ojos, de « cubrir con un mismo velo el cuerpo de mi es- « poso y el mio. » La esclava quiso retraerla con sus ruegos; pero como estos no hacian mas que irritar un dolor muy legitimo, se sentó, llorando cerca de su señora. Entonces tomó Pantea un puñal, se le clavó en el pecho, y tuvo todavía la fortaleza, al espirar, de echar la cabeza sobre el corazon de su esposo.

Sus damas y demas comitiva dieron luego gritos de dolor y desesperacion. Tres de sus eunucos se sacrificaron ellos mismos á los manes de su soberana; y Ciro que al primer aviso de esta desgracia habia acudido allí, lloró de nuevo la

suerte de estos dos esposos, y les hizo levantar una tumba, donde se confundieron sus cenizas.



CAPITULO XL.

VIAGE A MESENIA.

Salimos de Escilonte, y despues de haber atravesado la Triflia, llegamos á las orillas del Neda, que separa la Elide de la Mesenia.

Con designio de recorrer las costas de esta última provincia, nos embarcamos en el puerto de Ciparisia; y al dia siguiente llegamos á Pilos, situada al pie del monte Egaleo. Las naves hallan un abrigo seguro en su rada, casi enteramente cerrada por la isla Esfacteria. Las inmediacio-